



Trabajos literarios realizados en el

Taller literario de la Embajada Argentina en Francia
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

Saxo explícito

Un cuento de **ALFREDO BENIALGO**

Saxo explícito

En esta profesión no se puede perder el control. Nunca lo hago. Una sola vez estuve a punto. Fue en el caso del maestro de música.

Lo llamaré Re, Maestro Re, apodo adecuado para un músico. Ubicaré el escenario en la ciudad de La Plata, en uno de esos edificios de la calle cincuenta y cuatro desde cuyos balcones se puede ver, a mi juicio, el mejor paisaje platense: la Plaza Moreno, las torres neogóticas de la Catedral y la arquitectura germana del Municipio.

Pasó hace años. Yo era joven, ambicioso, disciplinado hasta el fanatismo, terriblemente eficaz y ya conocía a ese hombre. Soy un fisonomista excepcional, imágenes de caras que superan décadas de haber sido vistas por mis ojos, pueden ser dibujadas casi a la perfección por mi memoria visual. Había visto al Maestro Re después de un encuentro de jazz al que fui más por aburrimiento que por interés. Ambos compartimos un ascensor con una mujer alta y rubia, con la cual Re mantenía un sorda discusión.

Aunque era de noche yo tenía puestos unos anteojos oscuros. Mis ojos juveniles de entonces podían vigilar en la penumbra lo que pasaba a mi alrededor. El Maestro Re captó mi actitud y, de tanto en tanto, me fulminaba con su desconfiada mirada de ratón.

Ese mismo hombre ahora me abría la puerta de su departamento. No me reconoció. Una hemiplejía, que entorpecía su costado derecho y lo hacía hablar con dificultad, lo había convertido en una sombra del que yo conocí. Caminaba lento adelante mío ayudándose con un bastón de puño nacarado. El brazo derecho pendía muerto a su costado y arrastraba la pierna del mismo lado. Entramos a su estudio y nos sentamos frente a frente con un escritorio de por medio. Durante una hora me pasó el informe de sus desvelos. Hablaba con cuidado y apretaba un pañuelo en la comisura de los labios.

Ese hombre, que había perdonado una antigua infidelidad de su esposa, se enteraba ahora, enfermo y al filo de los sesenta años, de que la mujer había vuelto a las andadas. Todo parecía quedar entre músicos. La adúltera era la soprano en el coro de su orquesta y su amante el intérprete del saxo tenor, un individuo al cual Re odiaba hasta la desesperación. Sin ninguna necesidad intentó explicar ese odio.

-No se debe sentir otra cosa por los desagradecidos y los traidores -dijo con su gutural acento de impedido- ¡Yo lo formé! ¡Yo eduqué su oído de salvaje, le enseñé a fortalecer su garganta, afiné su gusto y su sensibilidad musical! ¡Hice de él lo que es ahora y así me paga! ¡Así muerde el perro rabioso la mano que lo alimentó! ¡Mil veces! -rugió- ¡Mil veces muerto lo quiero ver por eso! Decidí interrumpir aquella inútil arenga rencorosa.

-Maestro Re -dije consultando mi reloj- los suyos son deseos extremadamente caros, mis honorarios son muy altos.

-¡Mencione una cifra! -espetó con un desafiante silbido de cobra.

-Cuando decida si acepto su propuesta de trabajo le diré el precio, ahora necesito saber más. Continúe por favor.

Sumiso, paseando la tristeza de su mirada por los objetos que había sobre el escritorio, continuó hablando.

-Esa relación traicionera nacida durante el peor momento de mi enfermedad me fue comunicada por una amiga común y confidente: la contralto del coro.

-¿Cómo sabe que su contralto no miente?

El Maestro Re emergió de su amargura quemándose con la mirada.

-¿Me cree usted de tan frágil espíritu como para alimentar todo este odio solamente con una delación? ¡Yo mismo los vi, desnudos, abrazados sobre un sillón de tres cuerpos! Señalaba con su brazo sano una puerta a mi derecha junto a la biblioteca. El pañuelo se agitaba en la punta de sus dedos y un fino hilo de baba se escurría de su boca.

Decidí morigerar mis modales. Esbocé mi mejor sonrisa de plástico y extendí mis manos en un gesto de pacificación.

-Discúlpeme. Necesito conocer todos los detalles, pero el exceso de celo a veces me hace descuidar la cortesía.

Re se tranquilizó y continuó hablando.

-He conformado aquí, a lo largo de años de trabajo y estudio, una pequeña comunidad musical. Tenemos funcionando a pleno una orquesta de jazz, un cuarteto de vientos, dos coros y una escuela de música. Yo soy el director general; mi mujer, la contralto que le mencioné y el saxofonista son mis colaboradores principales. Además de tocar en la orquesta y ejercer la docencia en la escuela, se reparten las tareas de arregladores y directores de ensayo.

A pesar de sus limitaciones, el Maestro Re fue claro en su explicación: todo el piso, constituido por tres departamentos amplios unidos por un pasillo, era al mismo tiempo su casa y su lugar de trabajo. Él era el dueño de todo. El lugar en el que estábamos reunidos pertenecía al sector que utilizaba como vivienda, todo lo demás, casi el sesenta por ciento del total, había sido adaptado acústicamente para las actividades del grupo.

Seis meses atrás, cuando recién iniciaba su convalecencia, el Maestro confirmaba con sus propios ojos lo que la contralto le había contado.

-En ese momento yo a duras penas podía levantarme de la cama. Pero es increíble la fuerza que da el despecho. No sé cómo hice pero llegué hasta ellos y los ví.

Un poco reptando y otro agarrándose de las paredes, el Maestro había llegado hasta una de las salas de ensayo y había descubierto a su mujer y al saxofonista cogiendo sobre un sillón de tres cuerpos.

-¡A mis espaldas, aprovechándose de mi desgracia, se encamaban como cerdos! ¡Lo hacían como si fueran invisibles! Todos los dolores del infierno corrieron por mi cuerpo inflamado de amargura, entumecido por el esfuerzo de contenerme, de guardarme el odio. Después de comprobar la infamia con mis propios ojos, abandoné silenciosamente aquel lugar y el pasillo, y regresé a mi cama. Ellos, concentrados como estaban en su práctica inmunda, no habían notado mi presencia. Yo ocultaba mi dolor escuchando el terrible latigazo de sus suspiros de amor. Ahí mismo decidí la suerte de los dos: ¡la muerte para el traidor y la adúltera en el preciso instante de la traición!

El Maestro se detuvo ahogado por una especie de ronquido intermitente que, a juzgar por las lágrimas que brotaban de sus ojos, atravesaban sus mejillas y caían sobre el escritorio, era un llanto.

-¿Quiere que mueran juntos en la cama?

Asintió mientras secaba sus lágrimas con el pañuelo.

-Veo a este contrato difícil aunque no imposible. Le propongo que estiremos esta charla un rato más.

Volvió a asentir. Era mi turno de explicar:

-Los trabajos perfectos, Maestro Re, se dan solamente en la ficción. En la vida real actuamos con probabilidades. Nuestra agencia es muy seria, nuestra eficacia histórica. Los avatares de este mercado no son públicos, pero le aseguro que la solvencia de nuestra empresa es muy fuerte ¿Y sabe porqué? Porque somos realistas. Porque para nosotros la mala o buena suerte, los deseos o las rachas, no corren, no cotizan. Aquí, la única soberana es la realidad.

En ese momento, Re comenzó a moverse hacia un costado con el ritmo de un muñeco a cuerda. Esa actitud me desconcentraba, no entendía qué le estaba sucediendo.

- ... es en virtud de ese realismo que, debo advertirle... -continué.

El Maestro seguía en su robótico intento. Sus ojos me miraron con desesperación, sus labios emitieron sonidos que no entendí.

Me incorporé y, acercándome a él, le pregunté en qué lo podía ayudar. Me señaló con un índice tembloroso un cajón del escritorio. Lo abrí. Adentro había un paquete de cigarrillos y un encendedor.

-¿Quiere fumar? -pregunté.

Asintió. Saqué un cigarrillo, lo coloqué en su boca y lo encendí. Aspiró y entrecerró los ojos en un gesto de agradecimiento. Regresé a mi asiento y permanecí en un silencio respetuoso. Transcurrieron unos instantes; Re se fue recomponiendo al compás de unas pitadas profundas.

Finalmente me pidió que siguiera hablando.

-Le hablaba de ser realistas. Existe un factor de riesgo que es inevitable y aceptarlo nos permite atenuar sus efectos.

Re me miraba con atención.

-Una vez concluido el contrato usted no volverá a saber de nosotros, pero los hechos se van a quedar aquí. Por supuesto que la agencia se va a ocupar de cortar todos los lazos que lo conecten a usted con las muertes, pero para cortar esos lazos antes debo conocerlos. No sería la primera vez que algún fiscal o abogado se dispusiera a sacarle el jugo a las sospechas de amigos o parientes.

Re me entendió a medias.

-A mi mujer y a mí ya no nos quedan parientes vivos -dijo pensativo- sé que el saxofonista tiene un hermano pero no sé adónde vive, y en cuanto a conocidos y amigos tenemos muchos, demasiados diría.

-Correcto. Pero, intereses, ¿existen intereses que lo favorecerían a usted en el caso de que su esposa muriera?

-El único contrato que tengo con mi mujer es el matrimonial y esta propiedad está a mi nombre. Con respecto a las demás personas involucradas, no son más que empleados míos.

-Bien, nos vamos entendiendo. Otra cosa: aparte de la contralto ¿alguien más sabe lo que está ocurriendo aquí?

-Lo ignoro -respondió con un brillo extraño en los ojos.

Guardé silencio. Mentalmente construía imágenes y relaciones. En eso, Re me habló.

-Por... favor -balbuceó, pálido como un muerto- no le haga... daño.

-No entiendo.

-Ella es... inocente -dijo- no le haga daño.

-¿De qué habla?

-De la contralto -continuó con un hilo de voz- no le haga daño.

Sonreí.

-No se preocupe -dije con el tono más pausado que pude encontrar- nadie va a tocar a su contralto. Solamente me estoy informando.

Re pareció calmarse y, por pedido mío, pasó a detallar las actividades del grupo durante la semana.

-Una cosa más: ¿sabe si su esposa y el saxofonista se encuentran en otro lugar?

-Según la contralto no.

-Bien.

Le pedí fotos de la esposa y su amante. El Maestro demostró que esperaba esa solicitud: sacó de un cajón del escritorio un sobre y me lo alcanzó. Adentro había seis fotos de un hombre y una mujer. Iba a mirarlas con detenimiento pero Re se mostró inquieto.

-Ya no nos queda tiempo. En un momento va a comenzar a llegar gente.

-Entiendo -contesté guardando las fotos en el sobre- Vamos a tomarnos un mes a partir de ahora. Pero no me interprete mal. Esto es parte del protocolo. Mientras usted medita por última vez su decisión, yo me voy a dedicar a confirmar ciertos datos.

Re aceptó y se levantó para acompañarme a la salida.

Esa misma noche estudié las fotos. El saxofonista era un tipo de unos cuarenta años algo entrado en carnes, que usaba un bigotito muy cuidado y tenía el pelo oscuro con las sienas salpicadas de canas. La mujer del Maestro era la rubia con la que yo lo había visto discutir años atrás en el ascensor. Ya no era rubia ni joven, pero seguía siendo igual al personaje femenino del tango Los mareados: linda y sensual. El cabello, corto y ahora castaño, se le abría hacia arriba en ondas, algunas de las cuales se volcaban sobre su frente. No pude evitar imaginármela cabalgada por el saxofonista, con las ondas del pelo hamacándose al compás de los embates del jinete.

Durante ese mes me dediqué a vigilar a las personas involucradas en el contrato. No vi nada distinto a lo que el Maestro me había dicho. Trabajaban mucho, salían poco. Re no abandonaba nunca el departamento. Su esposa iba a dar clases a Bellas Artes los lunes y martes de ocho a doce.

El saxofonista se la pasaba en lo de Re. El edificio era un entrar y salir de personas con instrumentos musicales durante todo el día.

Las noches de viernes y sábados, los miembros de la orquesta de jazz, con la lógica excepción del Maestro Re, salían a dar conciertos.

Los domingos estaban destinados al descanso. A la noche la mujer de Re se encontraba con amigos entre los cuales estaba el saxofonista. Iban al cine o al teatro y después a cenar todos juntos. A eso de la una cada cual regresaba a su casa.

La informante del Maestro Re no se había equivocado: los amantes no tenían citas de amor en el exterior del edificio. Nunca los vi, al menos durante ese mes, ocultarse del mundo para tener un rato de intimidad. Al contrario, en general siempre estaban con alguien. De todas las personas que los acompañaban hubo una que me llamó la atención: una mujer de unos treinta y pico a cuarenta años, morena, de pelo renegrado y lacio cortado a lo Cleopatra que salía y entraba tanto como ellos al departamento de Re. Me di cuenta enseguida de quién se trataba: la contralto del coro. Divina, soplona y fatal.

A los treinta días de nuestro primer encuentro me volví a reunir con El Maestro.

-Los datos que me dio son correctos -dije- Afuera siempre están acompañados. Por lo tanto si lo hacemos de la manera que usted quiere tendrá que ser aquí. ¿Está de acuerdo?

Asintió muy serio. Le dije mis honorarios: veinte mil dólares, diez antes y diez después.

Aceptó sin mover una ceja. Continué.

-¿De cuánto tiempo disponemos ahora? -pregunté- Necesito echarle un vistazo al edificio.

-De algo más de una hora.

-Bien ¿La puerta de la terraza queda siempre cerrada?

-Sí -respondió y fue hasta un llavero colgado en la pared. Regresó con una llave en la mano que yo ni siquiera toqué. Era una de esas para cerraduras de tambor, fáciles de abrir hasta para un ratero de tercera categoría.

Le pedí una copia del plano del departamento y, mientras él reunía esas cosas, salí a inspeccionar el edificio.

Recorrí los ocho pisos, el ascensor, las escaleras, los escapes de seguridad y la terraza. Eché un vistazo a los techos de los edificios circundantes. Un cielo color ceniza acechaba a la ciudad como una culpa. Presentí uno de esos temporales rioplatenses.

Al cabo de unos quince minutos, con el plan bosquejado en mi cabeza, regresé al estudio de Re. Sobre el escritorio había una carpeta de cartulina gris con una copia del plano, la tomé y nos sentamos.

-¿A partir de qué hora se quedan solos?

-No hay un horario fijo. Entre las nueve y las diez de la noche, depende. Y no siempre.

-¿Hay dinero u objetos de valor en la casa?

-Están los cuadros, los instrumentos musicales, la colección de miniaturas en porcelana -el Maestro hacía memoria- algunas partituras antiguas de algún valor para ciertos museos...

-Eso no me sirve. Me refiero a dinero o joyas.

-Joyas, pero poca cosa, los anillos de casamiento, unos aros, y... no sé, puede haber algo más, no mucho. Las importantes, regalos de aniversario y esas cosas, las tenemos depositadas en la caja de seguridad de un banco.

Nos quedamos en silencio. Yo maquinaba la manera de decirle que sin la excusa de un robo, las sospechas de asesinato por encargo se iban a fortalecer y que el sospechoso iba a ser él. Recordó algo.

-Sí que hay dinero -dijo por fin- El día dos de cada mes, comenzamos a pagar los sueldos al pequeño plantel de profesores de nuestra escuela de música. Siguiendo una costumbre que, por razones de seguridad yo debería erradicar, durante la mañana del día primero mi contador retira del banco el total del importe para sueldos, lo trae aquí, lo controlamos juntos y lo depositamos en una caja fuerte.

-¿Hay un día fijo de pago?

-No. Los docentes retiran su sueldo el día que vienen a dar clases. En una semana más o menos, cobran todos.

-¿Dónde está la caja fuerte?

-En una oficinita en el ala de ensayos.

-Bien. Además del staff de docentes, ¿alguna otra persona sabe que durante la primera semana de cada mes hay dinero guardado en la casa?

-Bueno, sí. Somos bastante confiados; los alumnos y los restantes miembros del coro saben cuándo es la semana de pagos y probablemente se imaginen también que la plata se guarda aquí mismo.

-Perfecto -dije.

Arreglamos las condiciones de pago. En cuatro días yo regresaría a retirar la primera mitad del pago en efectivo. La otra me la entregaría Re la misma noche del contrato una vez cumplido.

-Ahora escuche con atención, por favor: A partir del día dos del mes que viene, lo voy a llamar por teléfono durante una semana todos los días a las siete en punto de la tarde -Re me miraba sin pestañear- Voy a decir que soy el representante de una firma que vende instrumentos musicales. Digamos ¿Gibson? ¿Puede ser? O no sé ¿Fisher? Dígame usted.

-Cualquiera de las dos está bien.

-Entonces será Gibson -dije- recuérdelo. El representante de Gibson lo va a llamar todas las tardes a las diecinueve horas en punto para pedirle una entrevista. Usted me negará esa entrevista con alguna excusa hasta que nuestros amantes estén solos, entonces me dirá que sí.

Re, sorprendentemente sacó el atado de cigarrillos del cajón, extrajo uno, lo encendió, y hasta me ofreció uno sin sufrir ningún paroxismo. Seguí hablando con absoluta naturalidad, como si el Maestro fuera un par.

-Vamos a simular un escalamiento. He observado que pegados a este edificio y a unos pocos metros más abajo, están los techos de unas oficinas públicas y de un colegio de curas. La simplicidad mental de nuestros policías les hará suponer que el asesino trepó al departamento desde ahí. Voy a alimentar esa deducción. Ni bien usted me confirme la entrevista vendré, tocaré en el portero eléctrico cuatro timbres cortos, usted abrirá la puerta de calle del edificio y yo ascenderé a la terraza a sembrarla de pistas falsas. Luego bajaré a este lugar y usted me abrirá la puerta, iré al sector de música, mataré a los amantes, cortaré el vidrio del ventanal más próximo a las sogas y lo dejaré abierto. Por último vendré aquí, usted me entregará el resto del dinero en efectivo y no nos volveremos a ver.

El humo de los cigarrillos envolvía la cara concentrada de Re como en un sueño. En ningún momento me interrumpió. Después de un silencio pensativo, habló:

-De acuerdo -dijo.

El día primero retiré la mitad de mis honorarios; el dos comencé a llamar, el cinco, Re aceptó la entrevista.

Esa noche la providencia estaba de mi lado. La tarde invernal había caído más rápido que nunca, el cielo encapotado y la llovizna hacían la oscuridad más profunda y el viento gélido proveniente del río barría de gente las calles.

A las ocho de la noche pisé la terraza y armé el falaz escenario. Calculé la ubicación de una de las ventanas del piso de ensayo, afirmé en la cornisa los aparejos, estiré, tensé las sogas y las fui deslizado al vacío calculando a ojo el metraje que debía soltar hasta alcanzar el techo del edificio vecino. Unos minutos después, cuando mis manos ya habían rozado unos quince metros de distancia, imaginé la punta de la soga tocando las chapas de zinc allá abajo, aseguré el otro extremo en el aparejo y me dirigí hacia la casa de Re. El maestro me abrió la puerta con grave expresión. Caminé por el pasillo hacia el sector de ensayos con mis sentidos de tigre activados. Nadie, ningún inoportuno. Abrí la puerta con cuidado, ingresé y la cerré. Escondido detrás de una estatua desenfundé mi automática.

Un aria de Schubert inundó mis oídos, caminé pisando la delicada alfombra listo para saltar; la excitación del acecho multiplicaba mi ferocidad, mi sed depredadora. A medida que avanzaba a

través de los ambientes alumbrados por cálidas luces ambarinas, nuevos sonidos apagados por la inexistencia de ecos se incorporaban a las notas de Schubert: risas, gemidos, prolongados suspiros y rítmicos crujidos de madera.

Sentí la felicidad del triunfo ¡La ratas caían en la trampa mordiendo el alimento! Abrí apenas una puerta, el volumen de los sonidos humanos aumentó; abrí un poco más. Vi lo que no esperaba ver: en un sofá de tres cuerpos, tres cuerpos desnudos jugaban al amor.

Éstos, seguramente, no eran los arreglos musicales que esperaba el maestro de sus discípulos. No solamente la esposa de Re, arrodillada sobre la alfombra trajinaba la entrepierna del saxofonista, sino que la contralto, la del corte a lo Cleopatra, sentada junto a él, inclinada sobre su falda, subía y bajaba rítmicamente la morena cabeza, ensimismada, perdida igual que su amiga en la interpretación de ese delicado dueto de saxofón.

La contralto, esa pérfida lleva y trae, se las había ingeniado para que el Maestro ignorara su presencia en las fiestas. Ella también era amante del saxofonista. Pero ¿por qué lo había delatado? ¿Celos en el equipo de infieles? ¿Consideraba a la soprano una rival y pensó que de esta forma se la sacaba de encima? Si pensó eso calculó mal. No contó con que la venganza del Maestro se iba a extender al saxofonista. No pude evitar cierto gozo (odio a la gente manipuladora).

De cualquier manera esto complicaba mi plan. Había una persona más en el departamento. Mi cabeza trabajaba a destajo. Lo más sencillo era matarlos a los tres ahí mismo, pero mi contrato no incluía a la contralto. Más aún, mi cliente me había pedido (rogado sería la expresión correcta), que no le tocara un pelo. Tomé una decisión: esperaría. Al final de esta función los actores tendrían que ir al baño. Esa sería el momento: mataría al saxofonista y a la soprano y dejaría malherida pero viva a la contralto.

Con ayes de exquisita afinación el trío tuvo su orgasmo y, después de un par de besos con jugo, el saxofonista salió rumbo al toilette. Me protegí en la penumbra del dintel de una puerta. Lo dejaría ir al baño y lo mataría cuando saliera. El balazo en la frente lo empujaría hacia atrás, caería muerto a lo largo del pasillo, sobre la alfombra, sin ningún ruido. Luego seguirían las mujeres, las atacaría ahí donde estaban.

Pero en ese momento sucedió que los tres cuerpos del sofá acomodaron su blandura a dos cuerpos desnudos de mujer que ensamblaban las bocas y los sexos en una vuelta reversible de placer. Me quedé helado. La contralto también era amante de la mujer de Re. Entonces ¿a quién había querido sacarse del medio? ¿al del saxo? Pensé en ella casi con lástima: se había ensuciado con una traición por nada. Se quedaba sin el pan y, por así decirlo, sin la torta.

El sonido de una puerta al abrirse me sacó de aquellos pensamientos. El saxofonista abandonaba el baño desnudo y entraba a otra habitación. Caminé detrás de él. Sacó su instrumento del estuche y se paró frente a un atril con partituras. Comenzó a tocar. Era tan fácil como matar un pato dormido en el nido. Apunté a la nuca. Pensé: “vas a terminar ese fraseo en el otro mundo”. Pero algo me tocó el hombro y giré.

-¡Maestro Re! -dije, reconociendo de inmediato en la penumbra su figura bamboleante, que dejaba caer a mis pies un portafolio y avanzaba hacia el saxofonista a pesar de que el cañón de mi arma le apuntaba a la cabeza. Vi su cara descompuesta por el esfuerzo y la desesperación.

El saxofonista, abstraído en la ejecución de su instrumento, no se había dado cuenta de nada. Hasta que Re llegó a él y lo abrazó. Entonces, sobresaltado giró en redondo y quedó mirándole los ojos.

-¡Amor! -exclamó- ¡Por fin te decidiste a venir!

El Maestro no le respondió, sus ojos implorantes de laucha derivaban de mi cara a mi arma.

-¡No, por favor -me suplicó- no lo mate, ahí tiene el resto del dinero, lléveselo todo, no lo mate!

Esas palabras espantaron al saxofonista que me descubrió por fin y soltó al Maestro. La frágil estabilidad de Re claudicó con esa falta de apoyo y con una vuelta de marioneta sin hilos se fue de culo al piso. El terror o el odio le dieron suficiente fuerza para sentarse y, desde el suelo, apuntó su índice acusador hacia saxofonista.

-¡Vos -gritó- con tu aprensión hacia mi cuerpo enfermo, con tu abandono, con tu continua

aplicación hacia esa puta sos el culpable de mi enajenación, de mi locura! ¡Contraté a este asesino para que te matara! ¡Mil veces muerto te prefiero a permitir que me dejes como a un perro vencido!

-¿Yo, el culpable -chilló, el otro- yo, que intenté hasta la vergüenza ingresar a tu cama y no recibí a cambio más que frialdad y recelo? ¡Vos, vos sos quien desprecia tu propio cuerpo!

Entumecidos mis músculos por la insólita escena, yo permanecía inmóvil y confundido frente a aquellos dos hombres que discutían como mujeres. Sus voces se aflautaban con el calor de la pelea, sus ademanes se amaneraban, los dedos de sus manos se crispaban como garras de gatas a punto de trezarse en mortal pelea. Esa histérica función de maricones me sublevó, decidí imponerme. Grité apuntándoles:

-¡Cerrando los culitos putos de mierda o me los cargo a los dos!

Súbitamente ambos recordaron mi presencia y se abrazaron puchereando como hembras lastimadas. A mis espaldas, los ahogados gemidos de gozo que las mujeres, ignorantes de todo este escarnio proferían desde el sofá, inundaban ya la habitación. Vacilé unos instantes ¿Qué hacer? Cumplir con el contrato ya no tenía sentido.

In crescendo el dúo femenino turbaba, desordenaba mis pensamientos.

-¡Acabemos de una vez! -dije, enfundando el arma.

Recogí el portafolio, lo abrí, controlé el contenido, lo cerré, pegué la vuelta y, después de lanzarle a aquel par de infelices una última amenaza de muerte, abandoné aquel lugar.

© ALFREDO BENIALGO

alfbenialgo@gmail.com